

en que figuraban dos franceses que servían á España. El día 15, Fernando, rey constitucional en Madrid, fué proclamado rey absoluto en Urgel, con sujeción á la forma y al ceremonial antiguos, con repique de campanas, salvas de artillería y aclamaciones de los soldados y del pueblo. El acontecimiento fué inmediatamente notificado á todos los habitantes de la Península y de Ultramar por medio de un manifiesto en que la Regencia improvisada, tomando el título de *Alteza serenísima*, declaraba nulos todos los decretos firmados por el rey cautivo desde el 9 de marzo de 1820; restablecía todas las leyes y reglamentos anteriores á esta época; intimaba á todos los españoles que obedeciesen sus órdenes ó las órdenes de las autoridades mantenidas ó instituidas por ella, so pena de ser tratados como enemigos del Estado y del rey; anulaba todo lo hecho por las Cortes; llamaba á sus filas á todos los soldados prometiendoles un plus de un real además de su paga ordinaria, etc. El nuevo juramento impuesto á las autoridades civiles y militares les obligaba «á defender la religión, á guardar fidelidad al rey y á prestar obediencia á la Regencia mientras durase el cautiverio de Fernando VII.» La toma de algunos pueblos y la dispersión de unas cuantas columnas volantes, cuyos prisioneros, oficiales y soldados, fueron pasados todos por las armas, señalaron el advenimiento del nuevo poder; pero á estas victorias sin importancia sería habian de seguir pronto los desastres y la más completa derrota.

La blandura y la vacilación de los hombres que se habían sucedido en el consejo de Fernando, después del restablecimiento de la Constitución de 1812, habían proporcionado la principal fuerza á los partidarios del poder absoluto: oradores, poetas ó legistas, en su mayoría, estos ministros no opusieron á la insurrección más que funcionarios y generales faltos de vigor y medidas sin eficacia. Se decía que eran *moderados*. Pero, en política, se da con harta frecuencia el nombre de moderación á la impotencia y á la debilidad. La moderación es hija de la fuerza; es la firmeza tranquila de los caracteres enérgicos y de los espíritus convencidos. La contrarrevolución española se extendió y robusteció bajo el gobierno de los *moderados*; su desarrollo se detuvo inmediatamente después de la jornada de 7 de julio, cuando la dirección del gobierno pasó á manos del partido que sus adversarios calificaban de *exaltado*. La causa constitucional desplegó en seguida recursos y fuerzas que sorprendieron á sus enemigos. Hasta entonces, el gobierno había estado en cierto modo á la defensiva; los nuevos ministros tomaron resueltamente la ofensiva en todas partes, y buscando á los insurrectos en vez de aguardarlos, no tardaron en concentrar la insurrección en la parte del territorio comprendida entre el Ebro y la frontera francesa. La misión de completar estos primeros resultados y de arrojar á los insurrectos al otro lado de los Pireneos fué confiada á un general que había de mostrarse á la vez el soldado más osado y más hábil de España, y su jefe militar más adicto á la causa de la libertad; nos referimos al general Espoz y Mina. Sus primeros preparativos, dirigidos contra la insurrección de Cataluña, no terminaron hasta mediados de septiembre; las tropas que mandaba no eran muy numerosas, pero estaban bien dirigidas y llenas de entusiasmo. El 15, día en que la Regencia de

Urgel proclamaba á Fernando rey absoluto, en medio de fiestas y salvas de artillería, Mina abrió la campaña trasladándose súbitamente de Cervera á Castellfollit, pueblo fortificado que era la principal plaza fuerte que poseían los insurrectos en la Baja Cataluña. Después de veinte asaltos y el derribo de parte de sus murallas, Castellfollit cayó en poder de los constitucionales, quienes, en venganza de la muerte de los prisioneros de su partido, degollados después del combate, se entregaron á crueldades que no puede excusar la necesidad de represalias y de un castigo ejemplar que aterrorizara á los habitantes de las demás poblaciones sublevadas. La villa de Castellfollit fué saqueada, incendiada y arrasada hasta los cimientos. Esta pérdida fué para los realistas la señal de derrotas que se sucedieron casi sin interrupción. Mina, secundado en Cataluña por los generales Torrijos, Milán y Rotten, y en Aragón por el general Zarco del Valle, no daba tregua al ejército de la Fe. Perseguidos por todas partes, batidos en cada encuentro, obligados á abandonar una tras otra las poblaciones de que se habían ido apoderando, los insurrectos se vieron pronto obligados á renunciar á la lucha. El 10 de noviembre la Regencia había salido de Urgel para trasladarse á Puigcerdá, en la extrema frontera de la Cerdeña francesa; el 28, se refugió en territorio de Francia, y el 7 de diciembre se disolvió en Tolosa, después de una breve existencia de tres meses escasos.

Esta completa derrota de la contrarrevolución española, lejos de entibiar el celo de los realistas franceses partidarios de una intervención, les excitó más á exigir la. Decían que la monarquía se exponía á perecer si dejaba que se estableciese á sus puertas una revolución triunfante, que se convertía en refugio y punto de apoyo de todos los enemigos de la realeza. Había una circunstancia que aumentaba el calor de sus reclamaciones. La Regencia de Urgel, en las últimas semanas de su existencia, había contratado un empréstito de 80 millones de reales. Esta operación financiera, dirigida por algunos especuladores osados y patrocinada por la prensa religiosa y monárquica, había venido á ser una especulación de partido. Muchos realistas de París y de provincias, cortesanos, pares de Francia, diputados, generales, administradores, grandes propietarios, simples curas ó simples empleados, estimulados tanto por el módico precio de los títulos como por la simpatía de opinión, y engañados además por las mentiras de los corresponsales interesados, que transformaban en brillantes victorias los descalabros de las tropas de la Regencia, se habían suscrito por capitales cuya suma se elevaba á muchos millones. Para estos suscriptores el triunfo de la revolución española venía á ser un desastre personal; por esto clamaban en todas partes contra la lentitud de los ministros en enviar un ejército contra España: vivo clamor que impresionaba á Villèle sin hacerle cambiar de opinión. Su correspondencia con Chateaubriand, que se encontraba entonces en Verona, es una curiosa prueba de la situación de ánimo del presidente del consejo en aquella época de su carrera ministerial.

El papel que había desempeñado Chateaubriand en 1814, cuando los aliados entraron por primera vez en Francia; la violencia de su lenguaje después del regreso de Gante; sus discursos en la Cámara de los pares

durante la legislatura de 1816; su vehemente protesta contra la real orden de 5 de septiembre, que era, sin embargo, un acto de salvación; su oposición ardiente y tenaz á todas las medidas destinadas á mantener las principales conquistas morales y políticas de la Revolución, habían convertido, de tiempo atrás, el nombre de Chateaubriand en símbolo de todas las pasiones del partido ultrarrealista. En 1820 se había operado una especie de transformación en sus opiniones. Segundón de una noble familia, debía su situación en el partido realista y la autoridad que conservaba á su notable talento de escritor. Este talento constituía su principal facultad y toda su fuerza: varias veces se había visto paralizado por Decazes y sus colegas mediante las leyes restrictivas de la *libertad de imprenta*; y esta opresión, que alcanzaba á Chateaubriand en la aptitud á que éste debía su fuerza, le convirtió de pronto en uno de los partidarios más enérgicos de la libertad de escribir. Las libertades son hermanas: después de adoptar la libertad de imprenta, Chateaubriand mostró una aversión menos grande por las demás franquicias conquistadas desde 1789. Este cambio le creó una situación excepcional en el seno de su partido: mantenido en el favor de los ultrarrealistas por las exageraciones de su pasado, vino á ser, para los hombres políticos de su opinión, una especie de realista *liberal*, y para los adversarios de los Borbones un liberal *realista*. Su amistad con Villèle databa de 1816, época en que se encontraban casi todos los días en casa de Piet. Miembros de dos asambleas diferentes donde uno y otro ocupaban, á títulos diversos, una situación culminante, en que combatían por la misma causa, sin chocar ni encontrarse rivales, su amistad había podido mantenerse durante años. Fué Chateaubriand quien, consultado por Richelieu en las postrimerías de la legislatura de 1820, abrió el gabinete de Luis XVIII á Villèle como ministro sin cartera. A su vez, este último, inmediatamente después de su elevación al poder como ministro influyente, se apresuró á hacer conferir á Chateaubriand el puesto diplomático más codiciado, el de embajador en Londres. La separación no interrumpió la intimidad de sus relaciones; y al acordarse la reunión del congreso de Verona, el nuevo embajador fué designado para representar en él á Francia juntamente con Montmorency, á pesar de la oposición de este último, á quien se lo impuso Villèle. Esto obedecía al doble fin de colocar al lado del ministro de Negocios extranjeros un elemento *moderado* que pudiese, en caso de necesidad, atenuar *sus vivacidades* y hacer que la política pacífica del presidente del consejo de ministros tuviese un órgano en el Congreso. Villèle no consiguió su fin. Tan partidario de la intervención armada como el mismo Montmorency, y colocado entre sus propias opiniones y las instrucciones particulares de Villèle, Chateaubriand dejó al ministro de Negocios extranjeros toda iniciativa y toda acción en el Congreso. Retenido en Verona, después de la marcha de Montmorency, para esperar y ser portador de los despachos prometidos por Rusia, Austria y Prusia, Chateaubriand no cesó de encerrarse en su reserva oficial, limitándose á defender con calor, en sus conversaciones particulares con los soberanos y con los ministros, la causa de la intervención. Pero eran vanos sus esfuerzos; esta causa no tenía en Verona más que un

partidario resuelto, el emperador de Rusia. Sin embargo, deseoso de hacerla triunfar, al menos cerca del gobierno francés y de Villèle, Chateaubriand escribió á este último una serie de cartas, dirigidas más bien al amigo que al ministro, y en las cuales, engañándole sobre el deseo de las potencias, le expresaba su propia opinión como opinión del congreso, atribuyendo á todos los soberanos, en favor de la intervención, unos sentimientos y un ardor que no tenían.

«El deseo *muy pronunciado* de las potencias es la guerra con España, escribía al presidente del Consejo en 31 de octubre. Ved, amigo mío, si conviene aprovechar la ocasión, quizá única, de volver á colocar la Francia á la altura de las potencias militares y rehabilitar la escarapela blanca en una guerra corta, casi sin peligro, hacia la cual os impele hoy fuertemente la opinión de los realistas y del ejército. No se trata de la ocupación de la Península, sino de un movimiento rápido que devolvería el poder á los verdaderos españoles. Toda la Europa continental estaría á vuestro lado, y si Inglaterra se incomodase, no tendría siquiera tiempo de invadir una colonia. En cuanto á las Cámaras, un éxito lo cubre todo. Sin duda el comercio y la hacienda sufrirán un momento; pero todo tiene sus inconvenientes. Destruir un foco de jacobinismo, restablecer un Borbón en el trono por medio de las armas de otro Borbón, son resultados tales, que dominan las consideraciones secundarias.»

«Recibí vuestra amable y extensa carta, mi querido Chateaubriand, contestaba Villèle el 28 de noviembre; esperamos á Montmorency; llega en mala ocasión, pues el lunes es mi día crítico para la liquidación de las operaciones hechas sobre nuestras rentas durante el mes. Otra cosa muy grave nos sucede al mismo tiempo, y es la derrota de la Regencia de Urgel y del ejército de la Fe. El obispo de Urgel está en Dax con todo su clero, y el Trapista en Tolosa; es una desolación en toda aquella frontera. Se va á proveer al mantenimiento de todos esos refugiados. Ya sabéis el resultado de nuestras elecciones; es una maravilla. Todo va perfectamente en el interior. A fines de año me sobrarán 25 millones, pagados todos los gastos. ¿Por qué han de venir esos malhadados asuntos exteriores á turbar semejante prosperidad?—Los ingleses representan un nuevo papel en Madrid, añadía Villèle el 5 de diciembre; esos insulares negociantes quieren hacer creer que se ven allí más perjudicados que los demás, á causa de su armamento contra la isla de Cuba; pero no creáis nada de eso; sacarán partido de su expedición y se aprovecharán luego de la situación desesperada de la Península para hacer pagar más caros los auxilios que presten. ¿Es posible que los aliados se hayan dejado engañar por esa política y no hayan visto como la secundan con el *envío inoportuno* de las notas que han remitido para el gabinete de Madrid? Enviamos un correo para hacerles comprender que las cosas han cambiado desde la redacción de sus notas. Inglaterra se ha desmascarado en Cuba y en Madrid. La dispersión del ejército de la Fe es completa, y el ejército de Mina acampa en nuestra frontera; lo que hace que el envío de las notas, la retirada de los embajadores de Madrid y el comienzo de las hostilidades no serían más que un solo hecho consumado dentro de ocho días. En fin, la situación ha cambiado después

de la experiencia hecha con nuestros fondos, nuestro comercio marítimo y nuestra industria; experiencia del efecto desastroso que tendrá sobre ellos una guerra que, os lo debo decir, á pesar de las declamaciones *pagadas* de algunos periódicos, es rechazada por la opinión más sana y general, al paso que es vivamente deseada, estamos seguros de ello, por los agitadores liberales, que esta vez tienen la habilidad de dejar que sus subalternos griten que no la quieren. Ya veis, amigo mío, en qué circunstancias estamos llamados á redactar una nota que, en verdad, *no es ya oportuna*. Procurad, mi querido amigo, hacer todo lo posible para evitar *semejante desgracia*; porque, no lo dudéis, si se da inmediatamente curso á esas notas, se compromete la causa que servimos. Por el contrario, si los aliados quisieran consentir en que la medida de retirar de España sus embajadores fuese sometida para la ejecución á la decisión de sus embajadores en París, de acuerdo con nuestro ministro de Negocios extranjeros, obtendríamos de España lo que deseamos, por el temor de esta medida, y lo emplearíamos en el momento oportuno. *Obtened esto*. Quiera Dios, por el bien de mi país y por el bien de Europa, que no se persista en una intervención que, lo declaro de antemano con entera convicción, *comprometerá la salud de la misma Francia.*»

La depreciación de los efectos públicos, el trastorno ocasionado en todas las transacciones comerciales, el desorden introducido en la industria y en el comercio marítimo, invocados por Villèle en apoyo de su calurosa oposición á una guerra contra la España constitucional, eran exactos. Así es que la prensa ultrarrealista, en sus artículos *pagados* por los especuladores interesados en el empréstito de la *Regencia de Urgel*, pedía á gritos la entrada de las tropas francesas en España; en todos los salones de este partido y en todas las sacristías no se oían más que quejas contra la lentitud de los ministros en librar á los *verdaderos españoles* del yugo del jacobinismo, según la expresión de Chateaubriand; muchos generales y oficiales de toda graduación, ávidos de honores y empleos fácilmente adquiridos, no vacilaban en impulsar al gobierno á la guerra, anunciando públicamente á sus soldados que se preparasen para la campaña; mientras que por otro lado las cámaras de comercio de algunos puertos y los fabricantes de varios grandes centros industriales enviaban á los ministros instancias y delegaciones solicitando que apartasen de Francia los males de una guerra hecha sin motivos legítimos ni serios á un pueblo amigo y aliado. La incertidumbre en que se estaba sobre las decisiones del congreso y sobre la resolución definitiva del gobierno aumentaba la agitación; los periódicos publicaban las noticias más contradictorias. «La política de la guerra triunfa, decían los periódicos realistas *fanáticos*.—La paz está asegurada,» replicaban al día siguiente los periódicos realistas *políticos*. En medio de tal ansiedad llegó á París, procedente de Verona, el duque de Wellington, día 9 de diciembre. A su llegada encontró un despacho en que se le decía que pidiese á Villèle una conferencia y ofreciese la mediación de la corte de Inglaterra para arreglar las diferencias existentes entre Francia y España. El resultado de su primera entrevista con el presidente del Consejo fué la expedición de un correo encargado de llevar á los plenipotenciarios

franceses de Verona la orden de insistir cerca de los gobiernos de Austria, Prusia y Rusia, «para que consintiesen en suspender la retirada de sus representantes en Madrid.» Este correo acababa de salir de París, cuando llegó Chateaubriand anunciando que las órdenes de retirada se habían enviado ya.

Sábese el día en que se abrió oficialmente el congreso de Verona; pero se ignora el momento preciso de su disolución. Aquella reunión terminó como terminan todas las fiestas, con la retirada sucesiva y casi inadvertida de los convidados. Sucede con ciertos sucesos políticos famosos lo que con muchas reputaciones: cuando se hace luz sobre ellos para examinarlos de cerca, se desvanecen. La presentación de una nota por Matthieu de Montmorency y la redacción de tres despachos destinados á ser enviados á España constituyen todos los trabajos y todo el resultado del congreso de Verona.

Mientras esperó que los aliados confiarían á Francia el cuidado de decidir la forma y el momento de la retirada de sus representantes en Madrid, Villèle se abstuvo de someter á las deliberaciones del consejo la conducta que observaría el gobierno francés respecto á su propio embajador en la corte de España, y ocupó el celo de Montmorency en el examen del ofrecimiento de mediación hecho por el duque de Wellington; mediación que, después de cambiarse algunas notas, fué formalmente rechazada. Pero al llegar Chateaubriand con los despachos de los gabinetes de Viena, San Petersburgo y Berlín á sus ministros en España, se vió obligado á tomar una resolución, y sometió al fin á sus colegas la cuestión de saber si Francia se uniría ó no á los aliados en sus amenazas á la revolución española y en la ruptura inmediata de toda relación diplomática con el gobierno constitucional de España. Esta discusión colocaba á Montmorency en una situación extraña: las tres grandes potencias del Norte, al redactar sus despachos, habían cedido á instancias de este ministro, formuladas en representación del gabinete de las Tullerías; y cuando aquellas potencias rompían toda relación con España con el solo objeto de prestar al gobierno francés el auxilio moral solicitado en su nombre, ¿iba éste á abandonarlas en ese terreno, adoptando una política distinta?

Por consiguiente, aun cuando la pasión política no hubiese impulsado á Montmorency á exigir que el embajador francés saliese de Madrid al mismo tiempo que los representantes de las potencias aliadas, se veía obligado á ello por decoro personal. La lucha en el consejo fué larga: evocando los recuerdos aún tan recientes de la guerra de 1808; apoyándose en la autoridad del duque de Wellington, que pronosticaba á la intervención francesa una nueva resistencia á todo trance y nuevas derrotas; mostrando á Inglaterra dispuesta sobre las últimas colonias de Francia y á plantar su bandera en Cuba y Puerto Rico, Villèle hacía vacilar á sus colegas; finalmente, en una reunión celebrada en las Tullerías el domingo 25 de diciembre, día de Navidad, el presidente del consejo triunfó, y Montmorency, mortificado ya por este título de *presidente*, que le subordinaba á un oscuro caballero gascón, á él, gran señor nacido de la familia más antigua y más ilustre del reino, y encargado de una cartera que la opinión estaba acostumbrada á considerar como la primera del gabinete, el

ministro de Negocios extranjeros presentó inmediatamente la dimisión de su cargo. Luis XVIII asistía al consejo. Este soberano, por tradición, era poco amigo de los grandes nombres; por otra parte, Montmorency tenía á sus ojos el mal antecedente de haber contribuído con sus votos, en la Asamblea constituyente de 1789, á las primeras reformas de la Revolución, y ahora el defecto de hacer alarde de una devoción exaltada y severa, que era una censura indirecta de las costumbres del príncipe en su vida íntima. En fin, ni este ministro ni sus colegas eran los ministros de su predilección; les había soportado porque le fueron impuestos por la política.

Alegrándose de vengarse de aquella especie de violencia moral y de mostrar que era rey, se apresuró á aceptar la dimisión. Aquella misma noche, un suplemento del *Monitor* publicó un despacho enviado por Villèle, en calidad de ministro interino de Negocios extranjeros, al conde de Lagarde, y en la cual, después de haberle dicho «que Francia hacía votos por que la noble nación española encontrase en *sí misma* un remedio á sus males,» añadía que «Francia no vacilaría, sin embargo, en llamarlo de Madrid y en buscar sus garantías en disposiciones más eficaces, si sus intereses esenciales continuaban viéndose comprometidos y si perdía la esperanza de un mejoramiento (en la Constitución de 1812) que esperaba de los sentimientos que durante tan largo tiempo habían unido á los españoles y á los franceses en el amor de su rey y de una *prudente libertad*.» A pesar de la obscuridad estudiada de este lenguaje, el despacho consagraba dos hechos: desde luego, Francia, negándose á seguir la misma línea política que las potencias aliadas, dejaba á su embajador en Madrid, y en segundo lugar, el ministerio admitía para España el derecho á una prudente libertad, limitándose á pedir á esta potencia que mejorase su constitución política.

El puesto que abandonaba Montmorency no podía permanecer mucho tiempo vacante. ¿Pero á quién elegir para ocuparlo? No bastaba que fuese una hechura de Villèle; tenía que convenir á la Congregación, muchos de cuyos miembros estaban disgustados con la retirada de Montmorency. Si bien Chateaubriand, en su correspondencia con el presidente del Consejo, dejaba lugar á dudas sobre su verdadero pensamiento respecto á la cuestión española, en cambio, en sus comunicaciones particulares con los partidarios de la intervención, se desquitaba de aquella reserva; era ardiente partidario de la invasión de España. Aún no decía de la Sociedad dirigida por el P. Ronsín: «Aborrezco á la Congregación y á esas asociaciones hipócritas que convierten á mis criados en espías y que en el altar no buscan más que el poder.» Era uno de los miembros más antiguos y más notables de esta Asociación. Ningún hombre político se encontraba, pues, en mejores condiciones que él para ser considerado por la Congregación como el continuador de Montmorency, y por Villèle como el colega que más debía desear. El presidente del consejo se apresuró á ofrecerle la cartera vacante. Después de algunas aparentes vacilaciones, que promovieron las más vivas instancias, Chateaubriand aceptó, como á pesar suyo, el elevado puesto que ambicionaba.

Parecía que la política pacífica triunfaba al fin. Villèle poseía relevantes dotes; pero, desgraciadamente para la libertad española, tenía menos carácter que inteligencia. Esclavo de su ambición, no se pertenecía. El partido que hasta entonces había constituido su fuerza iba á ser su debilidad; y pronto este hombre político había de inmolarse sus convicciones á la conservación de su cartera; instrumento dócil de pasiones á que era ajeno, había de emplear todos los recursos de su ingenio en obtener de ambas Cámaras y defender contra la imposición aquella invasión armada que durante tanto tiempo y con tanto calor había combatido.